



#### IV

##### GRANDEZA Y DIGNIDAD DE NUESTRA VOCACIÓN; GRATITUD QUE DEBEMOS Á DIOS POR ELLA.

*Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.*  
JOAN. XV. 16.

No me habéis elegido vosotros á mí, sino yo á vosotros.

JUAN, XV.

**Q**uier estimada Margarita: Queriendo un día Jesucristo dar á conocer á sus Apóstoles la alteza de su vocación y el glorioso fin para que los habia escogido, sentóse amigablemente entre ellos, y les dijo estas palabras: "No me habéis elegido vosotros á mí, sino yo os elegí á vosotros, y os he destinado para que vayáis por el mundo, deis frutos, y vuestro fruto permanezca.", Estas misteriosas palabras de nuestro Divino Salvador no fueron dichas solamente para los Apóstoles, sino para nosotros también. Jesucristo quiere darnos á conocer con ellas la alteza de nuestra vocación, lo gratuito de su llamamiento y el fin glorioso para que nos ha llamado; y así nos dice como á sus Apóstoles: No me habéis elegido vosotros á mí, sino que yo os elegí á vosotros, y os he puesto en este jardín hermoso del claustro para que crezcáis en

virtud, deis fruto de santidad, y este fruto sea duradero y permanente.

Estas palabras divinas que he puesto por epigrafe de mi carta son tan sublimes y encierran tan profunda teología, que bastarían á dar materia de meditación por espacio de muchos meses á un alma pensadora. En ellas están indicados los secretos de la predestinación, los misterios insondables de la gracia y la terrible potencia de la libertad humana, que en un momento aciago puede resistir á la voluntad divina y perturbar el orden moral establecido por el Eterno. Pero dejando á las aulas escolásticas la solución de estos tremendos y pavorosos problemas, nosotros vamos á buscar en esas palabras de Jesucristo incentivo para nuestra piedad, fomento para la devoción, pábulo y alimento al amor de nuestros corazones; y en tal asunto creo que no estará mal empleada esta carta.

Fijemos, pues, nuestra atención en las primeras palabras del Salvador, y veamos lo que con ellas quiere decirnos. No me habéis elegido vosotros á mí, porque no está en manos de la criatura, antes de ser formada, la elección de su destino. No me habéis elegido vosotros á mí, porque la criatura ni aún después de ser formada puede trazarse el camino que le ha de conducir á Dios. No me habéis elegido vosotros á mí porque allá en los días de la infancia, sin pensar siquiera que os crié y os redimí, vivíais olvidados de mi amor, corriendo por calles y plazas, á la manera que el corderillo retoza por el prado. No me elegisteis vosotros á mí, porque al olvido natural de la infancia añadisteis en la adolescencia el pecado, que hirió con penetrante herida mi amoroso corazón. No me elegisteis vosotros á mí, porque estando vuestras almas muertas por el pecado, yo las resucité á nueva vida con la eficacia de mi amor. No me elegisteis vosotros á mí, porque quan-

do estábais dormidos en las tinieblas del mundo y de la culpa, yo os desperté con la luz esplendorosa de la vocación divina. No me habéis elegido vosotros á mí, sino yo os elegí misericordiosísimamente á vosotros para haceros plantas fructíferas del jardín de mis amores. Yo soy el que os elegí desde toda la eternidad, el que os hice nacer de padres cristianos, el que os admitió en el seno de mi Iglesia, el que os libró de muchos males en que otros cayeron, el que os sacó del mundo, el que os trajo al claustro, el que aquí ha dado á vuestras almas mano de esposo y ósculo de eterna paz, y, por último, el que ha hecho todo eso dejando en el mundo á otras almas que me hubieran servido mejor, me hubieran amado más y me hubieran sido más fieles que vosotras. No han sido vuestros méritos, sino mi piedad y clemencia la que os ha elegido entre millares. *Ego elegi vos!*

Pero, ¡Jesús de mi alma! ¿qué vieron tus ojos en nosotros para escogernos con preferencia á los demás? ¿Qué había en nosotros para ser preferidos á nuestros hermanos? ¿Qué viste en mí, dulce Amor mio, para llamarme aquí á tu casa, dejando allá fuera tantos y tantos? ¿Qué había en mí que te pudiese agradar? Mi vida entera fué un tegido de miserias y pecados; junto á mí se criaban almas inocentes; pues ¿cómo las dejaste á ellas y á mí me elegiste? ¡Oh graciosísima elección! ¡Oh bondad inefable! ¡Oh amor nunca pensado! Dime, Vida mia, ¿qué viste en mí? ¿Qué servicios te hice? ¿Con qué obras te obligué, á que para tí me eligieras? ¡Oh maravillosa largueza é incomprensible misericordia! que, sin haberlo yo merecido, sin tú necesitarme para nada, por pura bondad me has favorecido con tu gratuita elección! Los serafines te alaben por mí, Dios mio, y mi alma te sea eternamente agradecida, y yo no pierda nunca de vista tan señalada merced.

Pues, si consideramos ahora las circunstancias de nuestra elección, hallaremos en ellas nuevos motivos de gratitud; porque el piadoso elector fué Dios mismo, que nos llamó á su servicio sin habernos menester. Los llamados fuimos nosotros, criaturas despreciables, y más dignas de morar en el campo con los animales, que no en el santuario con los ángeles de paz. El llamamiento fué para cosa tan alta, que no pudo serlo más, pues fué para hacer á nuestras almas esposas de Cristo, hijas de Dios, herederas de su imperio y partícipes de su gloria. Y este llamamiento es tan especial y tan antiguo, que corre parejas con el mismo Dios; pues así como Él es eterno, así desde la eternidad nos tuvo presentes y nos miró con ojos piadosos, dispuesto siempre á darnos tanto bien. Así lo dice Él por su profeta: "Yo te amé con amor eterno, y por eso te atraje á mí." (Jer. XXXI.) Pues, siendo esto así, ¿qué mayor beneficio puede darse? ¿Cuál mayor merced que ser amado de Dios *ab æterno*, y ser escogido para servirle, y estar escrito en su pecho amoroso desde los años de la eternidad? ¿Con qué amor corresponderemos nosotros á este amor eterno de Dios? ¿Quién se conformará á querer y amar más tarde al que tan temprano nos amó? ¿Quién aguardará á la vejez para amar al que nos amó desde toda la eternidad? ¿Qué tiempo bastará para corresponder á tanto amor y á tantas misericordias? ¿Qué lengua bastará para cantarlas, qué corazón para sentirlas, y qué servicios para pagarlas?

El apóstol San Pablo nos llama también la atención sobre esta circunstancia de nuestra vocación, diciéndonos que nos eligió Dios, antes de hacer el mundo, para que fuéramos santos (Eph. I.) La elección de nuestro destino la tomó tan á pecho y tan de atrás, que la dispuso y trazó, cuando aún no había dispuesto los fundamentos de la tierra; antes que formara el mundo con

su aliento y arrojara nuestro globo en la inmensidad del espacio, allá en los principios de los tiempos, nos escogió para sí. Y esta elección no estuvo en merecimientos propios, ni nuestras buenas prendas movieron á Dios para echar mano de nosotros, pues se dejó olvidado á otros que las tenían mayores y mejores. Nos escogió, no porque éramos santos, sino para que lo fuéramos; y nos escogió porque quiso; y quiso porque nos amó; y nos amó, porque nos quiso hacer eternamente dichosos. ¡Bendigante, Señor, tus ángeles por este beneficio tan singular que me hiciste! y mi lengua te alabe, y mi corazón te adore, por haber puesto en mí tus ojos, escogiéndome entre millares para que yo te sirviera.

Dígame con verdad, querida Margarita, que la grandeza de este beneficio me confunde y anonada, me llena de pasmo y quisiera saberlo agradecer, y que lo agradecieran mucho las almas religiosas. Todos los hijos de Adán somos barro de una misma masa, y nuestro Señor, como Alfarero divino, nos ha hecho á nosotros vasos de santificación y honor, y á otros los ha hecho vasos destinados á más bajo servicio. Pues siendo todos del mismo barro, ¿por qué nos tocó á nosotros la mejor suerte? Todos los mortales somos troncos de un mismo bosque; y Dios, como dueño absoluto de él, ha escogido los nuestros para hacer de ellos imágenes de santos, que brillen en su templo, y á los demás los ha destinado cada cual á usos especiales; y unos servirán para postes telegráficos y otros para hacer carbón. Pues, siendo todos troncos de la misma selva, ¿qué hicimos nosotros para merecer un destino tan superior? Todos los cristianos somos piedras de la misma cantera; y el Artífice supremo ha escogido á unas para los cimientos de su Iglesia, á otras para el pavimento y á otras para su tabernáculo y morada.

Pues, siendo todos piedras de la misma cantera, ¿cómo nos cupo la dicha de ser elegidos para trono y altar del Rey eterno, que ha puesto sus delicias en morar con los hijos de los hombres?

¡Ay! no puedo considerarlo sin que el corazón me rebose de gratitud: allá en el mundo éramos como árboles criados en áridos desiertos; pasó por allí el divino Labrador, fijó sus ojos en nosotros, y á fuerza de trabajos, y costándole mil sudores, nos arrancó de allí, nos cargó sobre sus hombros, y nos trasplantó á este huerto de la religión seráfica. Y allá se quedaron nuestros compañeros, allá se quedaron los árboles que nos rodeaban, árboles más lozanos y fructíferos que nosotros, árboles que puestos aquí, hubieran sido gala y adorno de la casa de Dios. Pues, ¿por qué no vinieron ellos, y sí nosotros? ¡Oh profundidad de los juicios de Dios!

Éramos como flores nacidas en ese valle de lágrimas que se llama mundo; allí carecíamos del rocío continuo, que aquí el cielo derrama sobre las plantas; allí nos azotaba con fiereza el frío aquilón y los vientos huracanados de las pasiones; allí los aires inficionados y la atmósfera corrompida que se respira, amenazaba quitarnos la vida de la gracia: allí hubiéramos sido pasto de animales inmundos, nos hubieran secado los ardores de terrenas concupiscencias, y hubiéramos sido flores desgraciadas, flores de un día. Pasó por nuestro lado el Jardinero celeste, nos miró con ternura, se compadeció de nosotros, y nos entresacó de allí para traernos al jardín de sus amores. Y las otras flores se quedaron allá entre las espinas del valle, expuestas á las inclemencias del tiempo. ¿Pues, qué hicimos nosotros para merecer tan dichosa suerte?

Y lo que es más todavía; otras flores fueron trasplantadas del mundo al claustro, del árido desierto al

frondoso jardín, lo mismo que nosotros; y no pudieron arraigar en este hermoso suelo, no pudieron aclimatarse en esta tierra de bendición, y se secaron, y el viento las arrebató á nuestra vista. ¿Pues, qué mano nos cultivó á nosotros, para que no perezáramos como ellas? ¿Por qué ellas se secaron y nosotros no? ¿Y por qué se quedaron allá en el desierto otras flores hermosas y fragantes, que plantadas aquí nos hubieran hecho gran ventaja? ¿Por qué á nosotros entre tanta multitud de criaturas hizo Dios este favor? Por pura clemencia y por sola su bondad, que nos amó antes de poder nosotros merecerlo. Pues, siendo esto así, ¿con qué pagaremos á Dios tan grande beneficio? Aunque tuviéramos todas las lenguas de los ángeles, y todos los corazones de los hombres, y todos los días del tiempo para emplear los corazones en amar y los labios en bendecir á Dios, todo eso sería nada para pagar merced tan soberana. Y pues no podemos de ningún modo salir de la deuda, paguémosla á lo menos con no olvidarnos nunca de ella, con dar gracias á Dios por sus favores, y corresponder á los misericordiosos designios que ha tenido sobre nosotros.

Que Dios nos ha traído á la religión con algún gran designio, es cosa fuera de duda. Cuál sea éste, te lo diría yo ahora de buena gana, si esta carta no resultara demasiado larga, porque nosotros debemos conocer ese fin, para secundar los designios de Dios; pero ya que ahora no sea posible detenernos en ese punto, otro día hablaremos de él. Entretanto, no olvides en tus oraciones á tu afmo. P.

FR. A.



## V

FINES QUE DIOS SE PROPUSO, AL HACERNOS RELIGIOSOS.

*Elegi vos... ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.*

JOAN. XV.

Os elegí para que adelantéis, deis fruto de virtud, y este fruto sea permanente.

JUAN, XV.

**D**EVOTA sierva de Cristo: En mi última, si mal no recuerdo, quedamos conformes en que Dios tiene algún designio grande sobre nosotros, cuando tanto ha hecho para traernos á la religión; y la prueba de ello es harto clara, como vamos á ver. Todo sér inteligente, cuando empieza una obra, se propone algún fin en ella, y nadie comienza una acción, sin saber por qué ni para qué la hace. Siendo, pues, Dios el sér inteligente por esencia y excelencia, es absolutamente imposible que obre á tontas y á locas, por acaso ó casualidad; luego al distinguirnos á nosotros con vocación tan generosa; al entresacarnos de la masa común de los fieles, y al traernos á su santa casa, algún fin se ha propuesto. ¿Cuál será, pues, este fin?

Para dar con él y conocerlo perfectamente, no es menester que nos quebreemos la cabeza, formando hipótesis más ó menos probables, que nos lleven al cono-

cimiento de la verdad; ni es tampoco preciso que nos demos á registrar las obras de los Santos Padres para que nos enseñen esta celestial doctrina; porque el mismo Jesucristo se tomó el trabajo de enseñárnosla claramente, cuando dijo: "Os elegí... para que adelantéis, deis fruto de virtud, y ese fruto sea permanente." Aquí tenemos, querida Margarita, señalado expresamente el fin que Dios se propuso, al llamarnos á la religión; fin altísimo, fin sublime, fin digno de ser meditado, más de lo que ordinariamente se medita. Para tres cosas dice el Señor que nos ha llamado, y es preciso examinar si hemos correspondido á esos tres fines y á esos tres designios que Él se propuso. De lo contrario, no conoceremos los quilates de nuestra correspondencia, ni sabremos á punto fijo cómo van nuestras relaciones con Dios. Comencemos, pues.

El primer fin que Dios se propuso al hacernos religiosos, es nuestro adelanto espiritual: *Posui vos ut eatis*; y este adelanto en la virtud, y el cumplimiento de este fin, es el que distingue ante los ojos divinos al religioso verdadero del falso. Nosotros distinguimos al religioso del seglar por el hábito, y pensamos que todo el que lleva hábito y profesa es religioso; pero Dios no juzga así, porque Él penetra los corazones, y ve que algunos de los que llevan hábito no son religiosos, ni algunas de las que llevan tocas y velos son religiosas, porque no adelantan en perfección, no cumplen con el primer fin de su vocación, ni siquiera de él se acuerdan. Y como perdido de vista el fin, se inutilizan los medios, resulta que la religiosa que se olvida del fin para que Dios la llamó, es una religiosa inútil, una religiosa falsa. No importa que tenga notable regularidad exterior y que no falte á ningún acto de comunidad; si á eso no añade el aprovechamiento interior, todo es perdido.

Pero tú dirás: Figúrese, Padre, que yo voy al coro como las otras, ayuno como las otras, tengo mi oficina como las otras, rezo como las otras, trabajo como las otras, no me meto con nadie, ni falto á ningún acto de comunidad; ¿qué más se me puede pedir? ¿No cumplo con esto?—Pero, hija, te diré yo, ¿con todas esas cosas que tú haces, llenas el objeto para que Dios te trajo al convento? ¿Tú crees que Dios te llamó á la religión sólo para eso? ¿Piensas que Dios te puso donde estás, sólo para asistir á los actos de comunidad, rezar de prisa el divino oficio, hacer la oración de cualquier modo, y luego pasar el resto del día paseando por casa, charlando con las hermanas, entretenida en pasatiempos, fomentando vanidades, haciendo labores de tu capricho, ó tu santa voluntad? Pues, si esto piensas, te engañas miserablemente. No te puso Dios ahí para eso; entiéndelo bien: *Posui vos ut eatis*; te puso para que adelantes, te aproveches en espíritu y crezcas en perfección. ¿Lo has hecho así? Pues entonces nada tengo que decirte; pero, si no lo has hecho, eres religiosa no más que de nombre. La razón es bien patente; porque una cosa sólo es buena, cuando llena el objeto para que fué hecha. Una pluma hecha para escribir, si en vez de letras, no hace más que borrones, es una pluma de puro nombre que merece ser tirada á la basura. Pues del mismo modo, una religiosa traída por Dios al claustro para adelantar en virtud, si no adelanta, es religiosa de solo nombre, es un árbol seco en tiempo de primavera, árbol que sólo merece ser cortado y arrojado al fuego.

Muy engañado vive quien crea que le basta á un religioso con no querer ofender á Dios, ni hacer mal á nadie, porque esto no es sino la mitad de sus obligaciones, y la mitad más fácil de cumplir. La otra mitad, que es la más difícil, consiste en ese adelanto continuo

que Dios exige de nosotros, en esa aspiración constante de crecer más en virtud. Todo religioso, por el solo hecho de serlo, está obligado á caminar á la perfección; y deja de cumplir esta obligación sagrada, desde que deja de caminar; y deja de caminar, desde que se contenta con lo que tiene andado; y se contenta con lo que tiene andado, desde que no aspira á ser mejor; y no aspira á ser mejor, desde que piensa que le basta ser bueno; y entonces deja de ser bueno, precisamente porque comienza á no querer ser mejor. Y no se me diga que el religioso que se contenta con ser bueno no hace mal ninguno, porque harto mal hace quien no hace lo que debe, y no hace lo que debe, si se contenta con estar parado, cuando Dios le trajo á la religión para caminar. *Posui vos ut eatis.*

Aquí se ha de tener presente que todo esto se comprende en el primer designio de Dios, al hacernos religiosos, y que el segundo es más alto y abraza más; porque no se contenta ya Dios con que procuremos nuestro aprovechamiento, sino que de hecho quiere que demos frutos de santidad. Así lo dice Él mismo: "Os puse (como arbolitos en este huerto cerrado) para que déis frutos de virtud:., *ut fructum afferatis.* Y nosotros, Sor Margarita, ¿los hemos dado? ¡Ay, qué confusión! Que un arbol plantado en desiertos arenosos sea estéril ó parezca marchito y agostado, se comprende; que un arbol plantado en buena tierra, pero falta de cultivo, no dé frutos sazonados y sabrosos, se explica fácilmente; pero que un arbol plantado en fertilísimo terreno, y regado continuamente con el rocío del cielo; que un alma plantada en el jardín ameno de la Religión, cultivada con esmero por el Padre Celestial, y regada de continuo con las bendiciones de la gracia, no dé flores de virtud y frutos de santidad, esto es incomprensible, esto es inexplicable. Bien merece el

anatema que fulminó Jesucristo contra la higuera infructuosa del Evangelio. ¡Córtala! ¿Para qué ha de ocupar la tierra inútilmente? En la parábola de esta higuera he visto siempre la imagen del alma religiosa que no da frutos de santificación.

"Hubo un hombre, decía el Salvador, que plantó una higuera en su viña, terreno fértil y abundoso. A su tiempo venía todos los años á buscar higos, y nunca los encontraba. Cansado ya de esperar tanto tiempo, dijo un día al viñador: Tres años hace que vengo á coger el fruto de este árbol, y todavía no lo ha echado. ¡Córtalo, pues! ¿Para qué ha de ocupar el terreno en balde?— Señor, le contestó el criado, dejadla otro año; yo la cultivaré bien, le echare estiércol alrededor del tronco, y si el año que viene no da frutos, entonces la cortaremos." ¿Quién no ve aquí la imagen del alma religiosa? ¿Y quién sabe, Sor Margarita, si el Señor está ya cansado de venir á buscar frutos en nuestras almas, y nunca los encuentra? ¿Cuántas veces habrá venido á nuestros pechos en la comunión, buscando frutos de virtud, y no los habrá hallado? ¿Cuántas veces habrá venido á nuestros corazones, buscando frutos de santidad, y se habrá vuelto con las manos vacías? ¿Y quién sabe si por esto habrá determinado ya castigarnos como á la higuera del Evangelio? ¡Nó, Jesús de mi alma! no nos castigues con tu abandono; riéganos con tu gracia, y estos árboles marchitos florecerán y producirán la abundante cosecha que tú nos exiges. Sí, Dios exige de nosotros frutos de amor, frutos de obediencia, frutos de humildad, frutos de las virtudes todas. Dios no se contenta con las palabras ni con los deseos; no se paga de exterioridades y apariencias. Cubierta estaba de verdor y lozanía la higuera del Evangelio, y Él la maldijo, porque no daba frutos. Procuremos, pues, en adelante llevar frutos de

justicia y santificación, si no queremos que Dios nos castigue. Los frutos que más le agradan son los del amor y los del buen ejemplo: si hasta ahora los hemos dado, reposemos tranquilos y procuremos darlos siempre: pero si en vez de dar frutos de amor divino, hemos impedido que los den otros; si en vez de edificar al prójimo le hemos desedificado, entonces ¡temamos! que no sabemos lo que será de nosotros, si no viene pronto la enmienda y la reparación.

Cuando considero bien estas cosas, me espanto de ver que hay en el claustro religiosos que se la echan de antiguos y cuentan con énfasis los años que llevan en la religión, sin caer en la cuenta de que no son los años de hábito los que coronan á los religiosos, sino las buenas obras y la santidad de su vida. Vivir muchos años en el convento y hallarse al cabo de ellos sin virtud, no es alabanza, sino vituperio; no es gloria, sino ignominia. ¿Qué diríamos de un estudiante que, pasados en la Universidad quince años, saliera con un caudal gastado en libros, y hecho un zoquete? ¿Podría éste gloriarse de los años que estudió? ¿Y podría gloriarse una religiosa de los muchos años que lleva en el claustro, cuando en ellos ha derrochado un caudal de gracias, y es ahora más imperfecta que cuando entró? ¡Ah! el llevar mucho tiempo en la religión sin dar frutos de santidad, más es digno de llanto que de gozo, porque eso indica que el alma, como árbol infructuoso, ha ocupado el lugar de otro que hubiera dado mucho fruto. ¡Y cuántos árboles hay de esos, por desgracia!

Bien sé yo, querida Margarita, que tú no perteneces á ese número; y aun supongo que, como buena religiosa, habrás llenado los dos primeros fines de tu vocación, es decir, que habrás aprovechado y habrás producido frutos de santidad. Más es de saber ahora que Dios quiere algo más de nosotros. Además de dar

frutos de virtud, quiere que este fruto sea permanente. No se satisface el Señor con un fervor pasajero; quiere de nosotros un amor perseverante, porque sólo el que persevera hasta el fin será salvo. La perseverancia en el obrar corona los buenos propósitos, y éstos, llevados adelante, nos conducen á nuestro último fin. Conviene, pues, que seamos perseverantes en el bien obrar; que nunca nos cansemos de hacer el bien, pues sólo así podremos amontonar frutos en abundancia. Grano á grano hace la hormiga provisión para todo el año, llenando sus graneros. Volando constantemente de flor en flor, hinche la abeja su colmena de cera y miel: juntando una piedra á otra forma el arquitecto magníficos edificios; y añadiendo una moneda á otra, el avaro llega á formar un tesoro. Hagámoslo así nosotros, Sor Margarita; juntemos cada día virtud á virtud, sacrificio á sacrificio y fineza á fineza, que así daremos al Señor gusto cumplido, porque el fruto de nuestras buenas obras será perseverante. *Et fructus vester maneat.*

Que allá en el mundo un alma piadosa deje un día la oración, otro esté disipada y al siguiente cometa una falta, se explica; que allá fuera el fruto de la virtud no sea permanente, se comprende, porque las almas en el mundo son como árboles plantados en un terreno árido ó pantanoso; pero que nosotros, árboles plantados junto á las corrientes de las aguas, no demos frutos continuamente, es una ingratitud casi imperdonable. Ea, pues, no seamos ingratos al dulcísimo Jesús. El fruto que Él nos pide es el fruto suave del amor. ¿Quién se lo negará? ¿Quién no se derretirá en amor de un Dios tan amante?

Que Él sea contigo y te haga siempre crecer en virtud, es lo que te desea tu afectísimo P.

FR. A.